CAPITULO XC

Vicálvaro

Circuló pronto por Madrid la noticia de que gran parte de la guarnición se habia sublevado á las órdenes de Odonell y Dulce.

Era tal la impaciencia que había porque esto sucediera, que al saberlo, los patriotas exclamaron:

—¡Al fin!

Muñoz, el *Chepa* y Martin se retiraron á su casa.

El jorobado quería unirse á los pronunciados á toda costa, mas la salida de la corte presentaba muchas dificultades.

Inútil nos parece decir que la alarma del gobierno fué grande al tener noticia del pronunciamiento.

En los primeros instantes, cuando creyeron que las tro-

pas que guarnecían las provincias de Aragón abandonarían sus guarniciones para unirse á Odonell, se juzgaron irremisiblemente perdidos.

El telégrafo funcionó con actividad, y al saber que en el resto de la Península no se había alterado el orden, los *polacos* sintieron, no solamente disiparse sus temores, sino aumentar su satisfacción.

Un pronunciamiento sofocado, siempre da más fuerza al partido que le vence, y los *polacos* se consideraron seguros en el poder.

Inmediatamente se hizo un recuento de fuerza, y el gobierno vió con júbilo que aun le quedaban el regimiento de Estremadura, Reina Gobernadora y el tercio de la Guardia civil, es decir, más de tres mil infantes que oponer á los quinientos que mandaba Echagüe.

En la caballería la ventaja estaba de parte de los sublevados, mas la diferencia era muy poca según se creyó en los primeros momentos.

El gobierno podía disponer de varias baterías, en tanto que los sublevados, no contaban con un solo cañón.

El general Blaser, ministro de la Guerra, y Lara, capitán general de Madrid, recorrieron los cuarteles, para animar el espíritu de las tropas.

En tanto el conde de Quinto que no podía desechar el miedo, publicó un bando en el que apelaba á la cordura del pueblo de Madrid para que no turbase el orden, poniendo de pasada, á los sublevados, de *oro y azul.*

Verdad es que los hombres como Quinto están autorizados para lanzar sobre los demás toda clase de diatribas, hechas para ellos.

Temiendo que los progresistas se lanzasen á las barricadas, los *polacos* tomaron toda clase de precauciones.

Patrullas de la Guardia civil á caballo recorrían los alrededores de la población.

Aquel día nadie pudo salir de las puertas de la corte, sin exponerse á ser registrado y preso según se le antojase al jefe de la patrulla.

Al parecer el pueblo contemplaba con indiferencia el pronunciamiento.

Llegó la noche del 28 y gran número de paisanos, burlando las pesquisas de la policía, salieron de Madrid.

Nuestros tres personajes no fueron de los últimos en abandonar la corte.

Muñoz pudo procurarse armas para él y el jorobado, y en cuanto á Martín hacía algún tiempo que tenía preparada su carabina.

Sigamos, en tanto los *polacos* se aprestan á combatir la revolución, la marcha de las tropas de Odonell.

Después de un ligero descanso hecho en Torrejón de Ardoz, en el mismo sitio donde el general Narváez presentó batalla en 1843 á las tropas del Regente, continuaron la marcha, llegando á Alcalá de Henares á las tres de la tarde.

Grande fué el entusiasmo de la población al ver á los

pronunciados; las tropas que la guarnecian suficientes en número para haberla defendido, se unieron á ellos.

De este modo los pronunciados recibieron un considerable refuerzo al unirse á ellos los regimientos de Borbón, caballería del Príncipe, Escuela Militar, y un destacamento de coraceros del Rey.

Como de lo que estaban más necesitados era de infantería, Odonell armó con carabinas, setecientos reclutas de caballería, formando con ellos un batallón, disponiéndose con estas fuerzas á hacer frente á la división que á toda prisa organizaba Blaser.

Al día siguiente del pronunciamiento, la *Gaceta* de Madrid publicaba las reales órdenes por las que se exoneraban de todos sus empleos, honores y condecoraciones, borrándoles definitivamente del escalafón del ejército, á los generales Odonell, Dulce, Mesina y Ros de Olano.

Como si esto no fuera bastante, se declaraba en estado de sitio la Península é islas adyacentes, mandando además que en el punto donde no existieran, se estableciesen comisiones militares permanentes, que juzgasen los delitos de rebelión y sus conexos.

Los *polacos* seguian siendo los mismos, no empleando para todo más procedimientos que el terror.

Sus amigos no se ocultaban de decir que el gobierno estaba satisfecho, y se congratulaba del pronunciamiento, pues de esta manera tendría el placer de fusilar á todos los generales que le habían hecho.

A pesar de estas baladronadas, no por eso dejaron de emplear cuantos recursos estuvieron á su alcance, por la via diplomática, para impedir que la rebelión continuase.

A este fin, mandaron al coronel Milans que se avistase con Odonell, y en nombre del gobierno le ofreciese el perdón para él y los demás generales, á los que se reintegraría en sus empleos y condecoraciones, mas con la condición de que habian de entregar al general Dulce para que le juzgase el gobierno con arreglo á ordenanza.

El conde de Lucena rechazó indignado estas proposiciones, y entonces Milans le pintó con los más negros colores la situación del gabinete, diciéndoles que seria probable que también se pronunciasen las tropas que habian quedado en Madrid.

El dia 29, la vanguardia de los pronunciados fué á situarse á Torrejón, en cuyo punto se la unieron varios paisanos que habian salido de Madrid.

Allí encontró Muñoz á su amigo Vallejo ocupado en unión de otros progresistas, en repartir una proclama á las tropas, que las llenó de entusiasmo.

Al saber Odonell que la división del general Lara se disponia á ir á buscarle, exclamó:

—Yo le ahorraré la mitad del camino.

Y en efecto, á la una de la mañana del 30, tocóse botasillas y poco después emprendian la marcha, deteniéndose en Torrejón, para prepararse á entrar en batalla.

El gobierno que, como ya hemos dicho, empleaba cuan-

tos recursos estaban á su alcance para combatir á los pronunciados, quiso sembrar la corrupción y el desaliento en sus filas; para ello no halló persona más á propósito que Rivera, el infame polizonte, quien, convenientemente disfrazado y fingiéndose progresista, se incorporó á los pronunciados.

Mas apenas empezaba á poner en práctica su infame misión, cuando fué reconocido y presentado al general.

Los que habian sufrido la persecución y malos tratamientos que este esbirro prodigaba con tanta generosidad, querian que se le fusilase en seguida; mas Odonell se opuso á ello, contentándose con ponerle preso.

En el correo se hallaron multitud de cartas dirigidas á los oficiales por los *polacos* y gran número de proclamas.

Veamos qué efectos produjeron los tales documentos.

En un corro de oficiales, entre los que se hallaba el brigadier Echagüe, se leia una proclama.

Al llegar á un párrafo en que se hablaba del respeto que el trono y la Constitución se merecen, viendo el ánimo de los *polacos*, el antiguo coronel de *Chapelgorris* no pudo contenerse, y soltó una interjección enérgica y vigorosa, agregando:

«Señores, es tan necia é importuna la proclama, que si yo no estuviese seguro del buen espíritu que anima á los soldados, mañana mismo mandaba que se les leyese en la orden de la plaza.»

De nuevo se pusieron las tropas en marcha; los paisa-

nos que se les habían unido formaban dos compañías, al frente de una iba Muñoz, que había solicitado esta gracia del general.

La columna en dos partes, una mandada por Odonell se dirigió á Vicálvaro, y la otra á las órdenes de Dulce, se acercó hasta Canillejas á hacer un reconocimiento.

Serían las once de la mañana cuando los pronunciados se reconcentraron en Vicálvaro.

No se había comenzado á alojar las tropas cuando una falsa alarma hizo que inmediatamente saliesen del pueblo.

En vista de que el general Blaser no se presentaba, el conde de Lucena dió orden de que las tropas se retirasen.

Serían las tres de la tarde cuando apareció la columna enemiga.

El júbilo se retrató en el semblante de los pronunciados, que inmediatamente se aprestaron á la lucha.

Antes de que se formasen en batalla, una bala de cañón llegó hasta la entrada del pueblo.

Los regimientos de caballería formaron en masa con el frente de escuadrón.

La infantería, con Echagüe á la cabeza, se colocó á retaguardia como reserva.

Odonell, con la tranquilidad y sangre fría que le caracterizaban, examinó las posiciones de su adversario.

Había elegido éste el terreno á su placer, situando á la artillería en una eminencia frente á la cual había un barranco.

Desde este punto podia hostilizar con ventaja á las masas de caballería que le presentaban un blanco excelente.

Siete batallones de infantería, cuatro baterías, un regimiento de caballería, un escuadrón de la Guardia civil y un centenar de carabineros formaban la división de Blaser, muy superior en fuerza á la pronunciada.

Viendo Odonell lo difícil que era el atacar de frente las posiciones enemigas, quiso efectuar un movimiento envolvente.

Mas la impaciencia que sentían los soldados por comenzar la lucha, se lo impidió.

Dulce se pone al frente del regimiento de caballería de Almansa, y arremete con el de Villaviciosa, obligándole á emprender la retirada desordenadamente, en busca de refugio detrás de la artillería.

Muñoz, al frente de los paisanos, rompe el fuego contra los carabineros, que se habian adelantado en socorro de los jinetes.

En este momento el combate se hace general; Ros de Olano pónese al frente del escuadrón de Granada, y con él se lanza á romper un cuadro formado por el batallón de Estremadura.

El valor de los jinetes se estrella ante la tenacidad de los infantes, que resisten la carga á pié firme.

De nuevo tornan á caer sobre ellos; sus esfuerzos son inútiles.

A todo esto la artillería rompe el fuego, y sus proyectiles causan sensibles bajas en los escuadrones, que cuantas veces tratan de apoderarse de las piezas, son detenidas por el barranco y la metralla.

Dulce, lleno de furor, rehace sus escuadrones, va á lanzarse á la carga nuevamente y es detenido por un amigo que le dice:

—Dulce, eso no es obrar como general.

—¡Déjame, es preciso vencer ó morir!—responde enérgicamente, á la vez que manda á su clarín de órdenes que toque á degüello.

Siete veces consecutivas se lanzan aquellos valientes á la carga.

Desgraciadamente sus esfuerzos fueron inútiles.

La falta de artillería hacia que la del enemigo no pudiese ser hostilizada, y que impunemente ametrallase á los escuadrones.

Los bravos jinetes del Príncipe emprenden la retirada para rehacerse.

En este momento la Guardia civil y Villaviciosa caen sobre ellos.

Vista esta maniobra por dos escuadrones del mismo regimiento de los que se retiraban, acuden en socorro de sus hermanos, cargando con extraordinario valor.

(1) Pero de nada podía servir aquel desesperado esfuerzo.

El enemigo contaba con los recursos de que carecían las tropas sublevadas y aun cuando las cargas de los regimientos de caballería se repitieron con una tenacidad y un heroismo asombroso, el triunfo pudo decirse que lo obtuvo el gobierno.

Pero triunfo efímero, porque desde aquel día pudo decirse ya, que el ministerio del conde de San Luis había muerto.

La opinión pública hallábase terriblemente excitada, y la impaciencia era grande por conocer el resultado de aquella jornada, en términos que una multitud inmensa ocupaba la calle de Alcalá y las afueras de la puerta de este nombre, inquiriendo noticias y comentando los sucesos.

Sensibles pérdidas hubo por una y otra parte, y los sublevados permanecieron en Vicálvaro aquella noche dirigiéndose en la madrugada del primero de Julio, á Aranjuez, donde se detuvieron.

No es nuestro ánimo, ni tampoco la índole de esta obra lo permite, seguir paso á paso la marcha de aquellos su-

---

(1) Desde este punto hasta el final de la obra, pertenece lo escrito al fecundo novelista Alvaro Carrillo, quien por encargo nuestro, ha hecho este trabajo.

La desgraciada circunstancia de haber fallecido el autor de la obra, D. Julián Castellanos y Velasco, nos ha obligado á tomar tal resolución, en beneficio de nuestros suscriptores.

(N. de los Editores)

cesos, hasta que el *Programa de Manzanares*, facilitó horizontes nuevos á la revolución, que estalló finalmente en distintos puntos, que produjo la unión de Espartero y Odonell formándose el nuevo partido que se denominó de la Unión Liberal, triunfo que no se consiguió sin derramamiento de mucha y noble sangre española y sin que se cometieran excesos harto dolorosos y desagradables.

En Valladolid y en Barcelona, hubo sublevaciones y los castellanos, lo mismo que los catalanes, lanzáronse á la pelea con extraordinaria decisión y arrojo.

«Es necesario ser libres ó morir,» decia el obrero catalán á la afligida esposa, que, llorosa y suplicante, le presentaba sus hijos para evitar que saliera de su casa.

Pero las predicaciones anteriores, los abusos, los atropellos de que habia sido victima, le hacian mostrarse sordo á los afectos de la familia, atento únicamente á la voz de la patria que reclamaba su auxilio.

Escenas de otro género tenian lugar en distintos sitios, en los momentos de la embriaguez producida por el triunfo entre las turbas revolucionarias.

Recordábanse, como suceder suele siempre en momentos tales, más que las glorias presentes y los placeres venideros, las torturas pasadas y los sufrimientos largo tiempo contenidos.

Como que precisamente el periodo que habia mediado entre el año 1848 y 1854, tan laborioso habia sido en persecuciones, atropellos y demasias de todo género, la vista

Es necesario ser libres ó morir.

se volvía con frecuencia hacia el pasado, recordando lágrimas, prisiones, golpes furiosos, asesinatos secretos, delaciones, infamias de todo género, cometidas por el poder ó realizadas á su sombra, y los deseos de venganza que habían germinado á raiz de aquellos sucesos entre las sombras del terror y el amago de la tiranía, fructificaron de repente bajo el sol de la libertad y á la claridad de la nueva época inaugurada.

Acudían á la memoria los agravios pasados y las miradas de la revoltosa y ensoberbecida muchedumbre, sobre la cual había descargado sus más certeros golpes los individuos de la ronda secreta, fueron, como puede comprenderse muy bien, el blanco de las iras populares.

Si en las insurrecciones y levantamientos sucesivos, siempre el cuerpo de policía ha tenido que sufrir las consecuencias de hechos que realizara, en aquellos días y teniendo recientes muchos de aquellos golpes, lógico era que las turbas pensaran solemnizar su triunfo permitiéndose el espectáculo de alguna ejecución puramente popular.

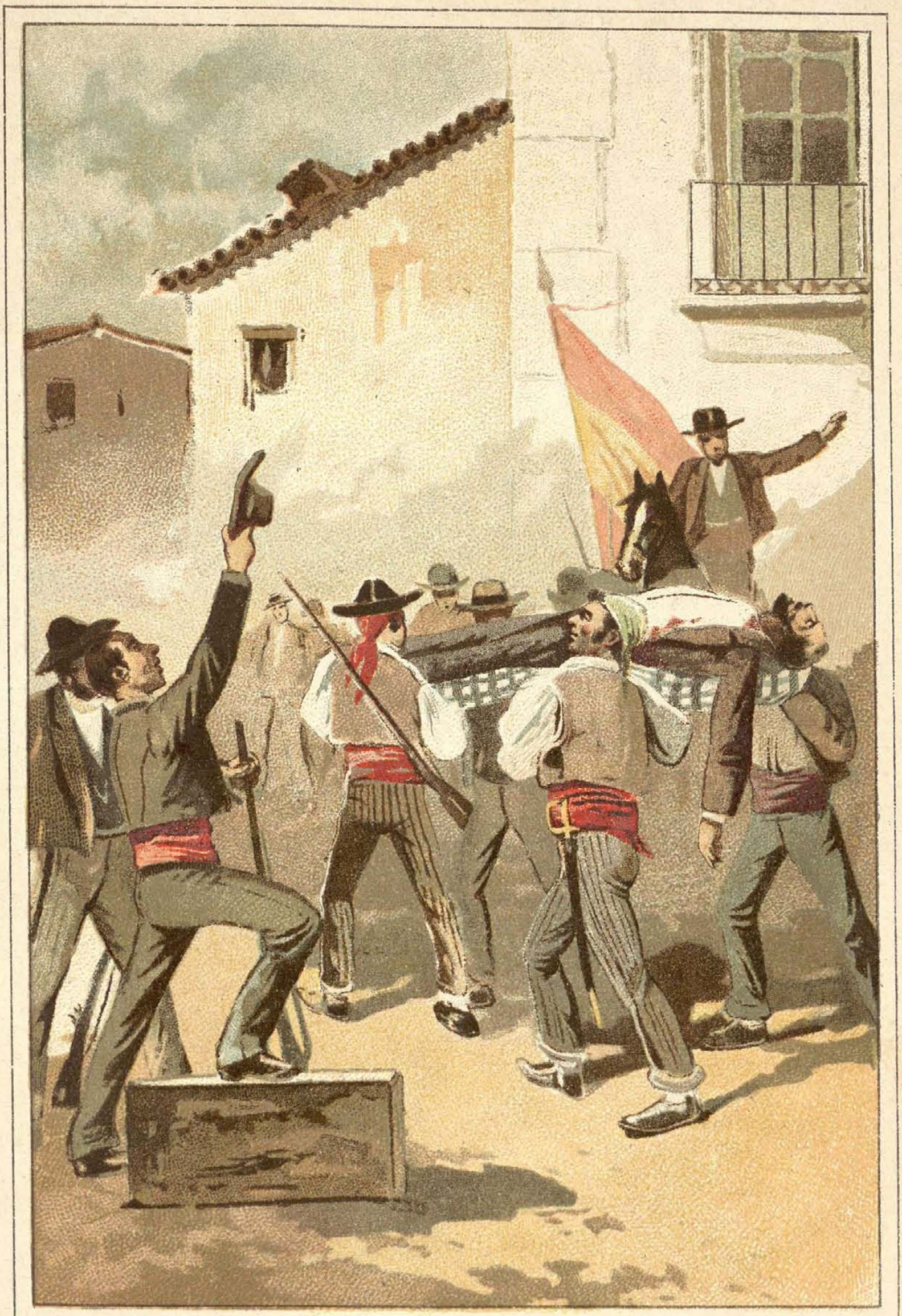
Recordóse lo que D. Francisco el Chico, el famoso jefe de policía, había sido en otro tiempo.

Comenzaron á circular de boca en boca el atropello, la detención, la visita domiciliaria, los palos dados por su orden, la inflexibilidad con que exigía el cumplimiento de sus mandatos, el dinero que había adquirido, la posición que ocupaba, las frases con que denostaba á los liberales, todo, en fin, cuanto podía contribuir á enardecer el popu-

lar encono, y al proponer uno que fueran á cogerlo, la muchedumbre, ansiosa del festín sangriento, lanzóse presurosa á tomar su parte en él.

Sorprendieron á don Francisco, enfermo; colocáronle sobre una escalera y en medio de las voces de la turba desenfrenada que gritaba: «¡muera el verdugo del pueblo!» fué conducido á la calle de Toledo, escuchando toda clase de imprecaciones y sufriendo larga serie de insultos hasta que perdió la vida á manos ¡quién sabe si de algunos de aquellos á quien él mismo maltratara en alguna otra ocasión!

Triunfante la revolución, Andrés fué rehabilitado en el ejército con el empleo de coronel y esta rehabilitación fué, como se comprenderá perfectamente, un golpe terrible para el marqués de Moratalla que desde aquel momento pudo considerarse perdido sin remedio.



-¡Muera el verdugo del pueblo!-

CAPITULO XCI

Un abogado que sabe su obligación

Como era consiguiente, el triunfo del movimiento de 1854 trajo el regreso á la madre patria de tantos españoles como habian tenido que buscar en el extranjero, la seguridad personal de que en su patria carecian.

Rafael Mendizábal habia sido uno de estos.

Cuando Andrés, acompañado del *Chepa*, entró en España para conspirar decididamente contra el gobierno, Rafael no tuvo más remedio que continuar en Francia porque su amigo fué el primero en aconsejarle que así lo hiciese, pues los satélites del gobierno, que no podian perdonarle su evasión, podian volverle á encontrar y enton-

ces extremarían el rigor contra él de un modo inconcebible.

Por otra parte, Muñoz juzgaba que el movimiento estallaría en seguida y por lo tanto no sería mucho lo que habría que esperar.

El abogado estaba furioso por la lentitud con que marchaban los sucesos políticos, así que de los primeros, ó quizás el primero que entró en España, fué él.

Una vez en Madrid pudo hablar con Andrés, consultándole sobre lo que deberían hacer respecto á su hermano.

—Yo soy de opinión,—dijo,—que no demos paso alguno toda vez que existiendo yo, no hay necesidad de testamento de ninguna especie; él mismo se verá obligado á devolverme todo aquello que indebidamente posee, que no será mucho por cierto, dada la prisa que en gastar se dió, y harto castigado quedará con ello.

—Pero todas las infamias que ha cometido contigo...

—¡Quién hace caso de ellas, querido Mendizábal! Román ha sido un miserable, y es más, seguirá siéndolo porque se ha connaturalizado con esa clase de existencia; en ella misma tiene su castigo. Triunfante yo, no quiero extremar el rigor que quizás, á no mediar esta circunstancia, hubiese tenido que emplear. Déjale, que con la cuestión de su mujer va á tener suficiente.

—Pero si según me han dicho está viviendo de un modo escandaloso con cierta individua...

—Ya lo sé, el *Chepa* me lo ha dicho, y también lo he sabido por algún otro conducto.

—¡Y pensar que por ese hombre mi pobre hermano!...

—Mira, Rafael, ¿quieres creerme?

—Si es para pedirme que tenga piedad de tu hermano, nada me digas, porque si acepté con doble entusiasmo la misión que me confiabas, fué porque me facilitó la ocasión de encontrarme frente á frente con él. Yo no puedo tener ni tu generosidad, ni tu grandeza de alma.

—Sin embargo, más ha de sufrir él que nosotros; cree á tu amigo que te quiere. Los cuantiosos bienes de su mujer los ha perdido ya, según me han dicho, ó está á punto de perderlos, y ya comprenderás que para una persona como mi hermano, verse en la miseria, es el más horrible de los tormentos.

—Hé ahí otra persona bien desgraciada. ¡Pobre Sofía! Cuando la ví hace años ¡quién hubiera de decir que á tal extremo había de llegar! Una vez solamente me la enseñó mi hermano, y te confieso que me fué muy simpática aquella señora.

—Pues ahí la tienes, que no sólo mi hermano la ha hecho desgraciada por un estilo, sino que en virtud de lo que algún amigo me ha indicado también, está á punto de perder sus bienes.

—¡Cómo! ¿Pues no acabas de decirme que se los quitan á tu hermano?

—Sí; pero es el caso que mi pobre cuñada, si ha salido de Málaga, como vulgarmente se dice, ha ido á dar en Malagón.

—¿Cómo? No te comprendo.

—Dicen,—repuso Andrés bajando la voz y aproximándose á su amigo,—que los jesuitas pretenden hacer buena presa de esos bienes.

—¡Ah! ya. Te comprendo. Pero eso sería una infamia.

—¿Y qué va hacer esa pobre señora, sola y entre sus directores espirituales y sus relaciones puramente claustrales?

—¡Valgame Dios!—exclamó Mendizábal.—Cuanto más reflexiono sobre ello, encuentro más culpable á tu hermano.

—De eso, ya es inútil hablar.

—Voy á llegarme al tribunal á ver en que estado se encuentra ese asunto y al mismo tiempo á preparar la revindicación de tus bienes.

—Sobre todo te encargo que si la casualidad hiciera que te encontrases con Román...

—Sé lo que me vas á decir y no sé si podré darte palabra de contenerme. Porque han sido tantos los crímenes cometidos por ese hombre, dejando aparte el de mi pobre hermano, que no digo yo, cualquiera se creería autorizado para arrojárselos al rostro.

—Pues bien; deja que cualquiera lo haga y no seas tú.

Rafael salió de la casa de su amigo, y conforme había

dicho, se dirigió en busca de noticias respecto á los procesos incoados contra el marqués de Moratalla.

El que se refería á Andrés, estaba en suspenso desde la emigración de Mendizábal.

No hubo quién lo moviera y se quedó completamente muerto.

En cambio el de la marquesa estaba tocando en las postrimerías. La separación estaba acordada, habíase formado ya el inventario de los bienes que á la marquesa pertenecían y hasta se indicaba la persona que había de encargarse de la administración.

Rafael hubo de convencerse de lo que su amigo le había dicho.

Las corrientes de cierto género, se determinaban de un modo bastante claro y cuando Rafael salió del palacio de Justicia, iba profundamente pensativo.

—¿Qué hacer?—murmuraba.—Es muy triste también que todos esos bienes vayan á parar, sabe Dios dónde, y que esa pobre señora si desesperada ha pasado algunos años de su vida, más desesperados pase todavía los que la restan. Si yo me atreviera, iría á verla, é invocando el nombre de mi pobre hermano, quizás podría conseguir que modificara su resolución. ¿Pero y si no quiere recibirme? ¿Y si mi visita produce un efecto contrario al que yo espero? No, no, Andrés ha dicho muy bien, dejémosles que se arreglen como puedan, que ya encontraré yo al marqués de Moratalla algún día. Porque lo que es eso sí, yo he

de vengar á mi pobre hermano sea del modo que sea.

Pero á la par que todo esto pensaba el abogado, maquinalmente había ido andando, y sin que el mismo pudiera explicarse la razón, encontróse en la calle del Pez.

—¡Qué demonio!—exclamó—¿á qué he venido yo por aquí? ¡Buena cabeza está la mía! Y el caso es que no estoy lejos de las Comendadoras y allí está la marquesa, y... Pero ¡cá! Dejemos eso porque tal vez ella ni se acuerde ya siquiera de mi pobre hermano.

Mas á pesar de todas estas decisiones, seguía andando y al cabo de algunos minutos se encontró en la calle ancha de San Bernardo.

CAPITULO XCII

Rafael y Sofía

No sirvieron de gran cosa á Rafael Mendizábal todos los razonamientos hechos anteriormente, puesto que al cabo de algún tiempo encontróse á la puerta del convento de las Comendadoras, murmurando entonces:

—¡Ea! suceda lo que quiera, parece que el mismo destino me ha conducido hasta aquí y es inútil que trate de contrarrestarle.

Y entró resueltamente en el convento, preguntando á la portera:

—¿Es hora en que se puede ver á la señora marquesa de Moratalla?

La portera miró con cierta curiosidad á la persona que

hiciera semejante pregunta, y dijo después de algunos momentos:

—Como ser hora, lo es, sí señor; pero no sé si la señora marquesa podrá recibirle, porque el estado de su salud es algo delicado. ¿A quién se le ha de anunciar?

Mendizábal tuvo un momento de inspiración sin duda. Iba ya á pronunciar su nombre, cuando se le ocurrió que quizás esto, de ser ciertas las noticias que Andrés le diera, podía ofrecer algunas dificultades para su admisión, y en su consecuencia, repuso:

—Es inútil que la diga usted mi nombre porque no es conocido de la señora marquesa. Lo que sí puede usted decirla es que hay aquí un caballero que le trae una visita de parte de su señor tío, el ilustrísimo señor Arzobispo de Sevilla.

Inútil es que tratemos de describir el efecto que semejantes palabras produjeron en la portera.

Inmediatamente hizo una reverencia, diciendo:

—Dios conserve muchos años la vida de su ilustrísima.

Y se dirigió inmediatamente en busca de la tornera, á la que trasmitió el deseo de aquel caballero y la misión de que era portador.

Rafael había recordado muy oportunamente que en otro tiempo había oído decir á su hermano que la marquesa

tenía un tío muy lejano, pariente de su madre, que estaba de Arzobispo en Sevilla, pero que ni se trataba con ella ni apenas la conocía.

Y comprendiendo que en una casa de religión sería de gran efecto investirse con una misión semejante, no vaciló en hacer uso de tal superchería á fin de conseguir el objeto apetecido.

La tornera apresuróse á dirigirse hacia el interior del convento y poco después, se le franqueaban las puertas al recién llegado, hasta la habitación ocupada por Sofía.

Esta, desde su última entrevista con Román, estaba más triste y pensativa.

Por más que la abadesa por una parte y el padre Júnez por otra habían tratado de calmar sus inquietudes y sus recelos, producidos por aquella historia de la famosa monja de Vigo, la verdad era que Sofía empezaba á temer haberse metido en un callejón sin salida.

Había buscado aquella casa de refugio, digámoslo así, para habitarla todo el tiempo que durase el litigio con su marido hasta obtener la separación que había pedido.

Es verdad que deseaba seguir en lo sucesivo una vida retirada y modesta, puesto que su corazón quedó herido de muerte con el suicidio de Julio; pero este retiro no lo quería en un convento y mucho menos hacer renuncia de sus bienes ó dejación de ellos á esta ó aquella determinada corporación.

La revelación del marqués despertó alguna inquietud en ella.

Entonces, palabras y hechos á que antes no diera importancia alguna y que en su credulidad juzgó hijos del afecto que su desdicha inspiraba, le parecieron terriblemente sospechosos.

Hizo algunas insinuaciones á las personas que más íntimamente la rodeaban, observaciones hechas con gran destreza y sin dejar ver en ellas el verdadero objeto que la impulsaba, y se convenció de que si no era cierto en todas sus partes lo indicado por el marqués, no iba del todo desacordado.

De aquí su temor y de aquí el no saber de qué medio valerse para evitar la suerte de que estaba amenazada.

En el momento en que le anunciaron la visita de aquel caballero, que se decia enviado por un pariente, al cual no había tratado jamás, no pudo menos de sorprenderse.

Sin embargo, bastaba que en nombre de persona tan autorizada se presentase, para que se apresurara á recibirle.

Rafael se dirigió á las habitaciones de la marquesa, y al verle ésta aparecer en la estancia, quedóse inmóvil, aumentando de tal modo su palidez, que el mismo Mendizábal no pudo menos de advertirlo.

—¡Julio!—murmuró la dama con la expresión del mayor espanto, fijando su mirada atónita en el recién llegado.

Efectivamente, la semejanza entre los dos hermanos era de tal naturaleza, que como se llevaban únicamente dos ó tres años, cuando vivía Julio muchas veces los habían confundido.

Rafael percibió las palabras de la marquesa, y éstas le explicaron la causa de su impresión.

—Señora;—la dijo aproximándose á ella y en voz muy baja,—soy el hermano de Julio, pero es necesario que lo ignore todo el mundo; suplico á usted que se serene y vea la manera de asegurarse de que nadie pueda oirnos.

Y en voz alta prosiguió diciendo:

—¿Está usted ya más tranquila, señora? Ya me habían dicho que el estado de su salud no era muy satisfactorio.

—No, señor, no lo es, y á veces me dan estos mareos que si bien me mortifican por el momento, tienen la ventaja que se me pasan en seguida.

Todo esto fué tan rápido y tan bien llevado estuvo, por parte de Rafael especialmente, que la tornera que se había quedado escuchando en la parte exterior de la sala de la marquesa, no advirtió sino uno de aquellos mareos que con tanta frecuencia acometían á la dama.

Esta miró llena de asombro á Rafael.

Pero había tanta sinceridad, tanta lealtad y tanta nobleza en el semblante del abogado y era tan fiel su expresión, como la de aquel cuya imagen no se había podido borrar de su pensamiento, que no pudo menos de sentir llenos sus ojos de lágrimas y murmurar con una expresión indescriptible:

—¡Dios mio, Dios mio, si parece él!

—Señora marquesa,—dijo Rafael;—su señor tio de usted ha tenido noticia, porque las malas nuevas parece que tienen alas para salvar las mayores distancias, de todas las desgracias que le han sobrevenido y sin perjuicio de que, como me dijo, escribiria á usted aconsejándole la resignación, me encargó muy especialmente que pusiera usted toda su confianza en Dios, á quien su ilustrísima quedaba rogando para que la prestase la ayuda y el consuelo que tanto necesitaba. Aprobó también,—prosiguió Rafael alzando la voz,—la resolución que habia usted tomado de retirarse á esta santa casa y de confiar, digámoslo asi, la dirección de esos asuntos á personas tan doctas y tan probadas en el catolicismo, como las que ha elegido.

—Mi tio puede con sus luces ilustrarme en gran manera, y cuando usted le escriba ó cuando le vea, sírvase hacerle presente el inmenso placer que he recibido con su recuerdo.

Rafael hizo á la marquesa una señal como indicándole que iba bien y al mismo tiempo la exhortó por señas para que procediese al registro de las habitaciones inmediatas á fin de poder hablar con mayor libertad.

Sofía, sin poderse explicar la razón que habia para que tan ciegamente obedeciera las indicaciones de aquel caba-

llero á quien apenas conocia, levantóse de su asiento dando un pretexto plausible para ello, y se dirigió á las habitaciones inmediatas.

La precaución de Rafael no podía estar mejor tomada.

En una de las habitaciones contiguas había una monja, enviada sin duda por la abadesa, que llena de confusión se alejó de allí al entrar la marquesa, mientras que en la otra estaba también la tornera espiando por su propia cuenta.

Una y otra no tuvieron más remedio que alejarse y al volver la marquesa al lado de Rafael, le dijo:

—Por el momento estamos solos, pero será por muy poco tiempo.

—El suficiente para decir á usted la situación en que se halla, quién soy y por qué me encuentro en este sitio.

—Pero si vuelven otra vez.

—Ya sabe usted que el pobre Julio tenía un hermano y que este hermano soy yo. Una amistad profunda me une á su cuñado de usted, que por efecto del cambio político realizado en España...

—¿Pero no había muerto Andrés?

—No, señora. No es esta ocasión para poder referirle todo lo que ha ocurrido sobre este particular ni las infamias puestas en juego por su esposo de usted para inutilizar á su pobre hermano.

—¡Caballero!

—Comprendo que la ofenda todo lo que pueda referirse al marqués, pero si tiene usted en cuenta lo que con usted

ha hecho, puede presumir muy bien que no es exagerada mi calificación respecto á lo hecho con mi amigo y á lo que conmigo hizo también.

—¿También á usted?

—También, sí, señora.

La marquesa hizo un movimiento significando el disgusto que experimentaba, y dijo después:

—Permítame usted que dé otra vuelta por estas habitaciones, no sea que alguien vuelva á tener deseos de escuchar.

CAPITULO XCIII

La promesa del abogado

Como están viendo nuestros lectores, mucho se habían modificado las ideas de la marquesa respecto á la casa en que se hallaba, después de la entrevista que con ella tuvo su marido.

El único bien que aquella visita pudo producirla, fué el de hacerla pensar un poco respecto á la casa en que se hallaba.

Desde las primeras palabras de Rafael, experimentó algo que hasta entonces no había sentido.

Este algo era una especie de confianza en aquel hombre, que no se la había inspirado ninguno de los que hasta entonces tratara desde que estaba en aquella casa.

Aquel retrato viviente de su primero y único amor, el parentesco que existía entre Julio y Rafael contribuyó á

aumentar aquella confianza, y sin que ella misma pudiera darse cuenta de ello, creyó desde aquel momento que ya no estaba tan sola en el mundo.

Si la hubieran preguntado la razón de todo lo que estaba haciendo, hubiera quedado suspensa y sin saber qué decir.

Porque la verdad era que ni ella misma se podía dar cuenta de ello.

Volvió á recorrer las mismas habitaciones que antes, y haciendo que Rafael la siguiera, se colocó de modo que pudiese ver, si por alguna de ellas se aproximaba alguien al lugar en que estaban.

—Ahora hable usted,—dijo á Mendizábal,—pero esté prevenido siempre para cambiar rápidamente de conversación tan luego podamos temer que alguien nos escuche.

Rafael, en brevísimas palabras significó á la marquesa la conversación que había tenido con Andrés, y la hizo ver el riesgo que corrían sus bienes, de seguir concediendo su confianza á las personas que lo hacía.

—También Román,—repuso la marquesa,—en la última visita que me hizo, me lo manifestó.

—Sí, pero en él esta idea tenía otra representación.

—Lo comprendo; pero de todos modos ¿qué es lo que debo yo hacer? Me veo sola en el mundo, estoy sin ampa-

ro, el brazo que debía sostenerme, es precisamente el que me ha derribado.

—¡Señora, por Dios, no diga usted eso! Yo no valgo nada, no soy nada, no tengo más que mi carrera y esa es la que pongo á disposición de usted, lo mismo que pongo también mi vida.

Y la expresión con que Rafael pronunció estas palabras fué tal, que la marquesa no pudo menos de estremecerse sintiendo que sus mejillas se encendían bajo el calor de un fuego desconocido.

—Gracias, señor de Mendizábal,—contestó.—Lo que yo quisiera fuera que me indicaran lo qué he de hacer; que Andrés me dijese algo, ó que viniese á verme.

—Esto último no lo creo prudente ahora, en cuanto á que le indique lo qué ha de hacer, ya es diferente. Él, lo mismo que yo, creemos que no es este el lugar donde debe usted permanecer y sobre todo que no debe usted firmar ni acceder á nada de cuanto aquí se la indique, en el tiempo que permanezca.

—Y no sería mucho mejor salir de aquí inmediatamente.

—Por el momento, no, señora; las personas que la rodean son muy astutas, saben muchísimo y es preciso á su astucia oponer otra también. Por ahora mi opinión es que continúe usted aquí, pero con todas las prevenciones que le acabo de hacer. Deje usted que quede terminada la cuestión pendiente en el tribunal eclesiástico y después ya

encontraremos el medio de sacarla de aquí. Con este objeto es con el que la indiqué las cartas que pensaba escribirla su tío, á quien, como debe usted comprender, ni he tenido la honra de ver, ni la distinción de que le representase cerca de usted. Esas cartas de que yo mismo seré portador exigirán una respuesta de su parte que vendré á recoger yo mismo.

—Pero se va usted á molestar...

—Suplico á usted que no se preocupe por eso, ni por un momento se la ocurra que yo no pueda venir á recoger esas cartas.

—No comprendo...

—Muy sencillo: aquí se va á despertar en gran manera la curiosidad desde la primera carta, que no debe usted leer á la abadesa, sino hablarle en términos generales de ella. Podría ser que algún día le dijesen que yo había enviado alguien á recoger la contestación A nadie se la dé usted; no crea nada de cuanto la digan, la repito que yo vendré á recogerla.

—Está muy bien.

—Por el momento vuelvo á repetirla que es conveniente su permanencia aquí, porque así se encuentra libre de todos los pasos que podría dar el marqués para acercarse á usted.

—¡Silencio!—dijo en esto la marquesa;—allí viene la abadesa.

Rafael no quiso mirar siquiera en la dirección que con la vista le habia indicado la marquesa.

Afectando el mayor respeto, prosiguió:

—El señor Arzobispo ha sentido mucho que las atenciones sagradas que en la archi-diócesis le retienen, no le hayan permitido estar á su lado de usted en estos momentos de tribulación.

—¡Cuánto hubiera deseado tenerle junto á mí! ¡Si viera usted cuánto he sufrido!

—Lo comprendo, señora.

—Felizmente tuve la inspiración de buscar un asilo en esta santa casa.

—Resolución digna de loa, que el señor Arzobispo elogió extraordinariamente.

—Aquí viene la señora abadesa,—dijo Sofía levantándose de su asiento,—y nadie mejor que ella podrá decirle en que estado vine á esta santa casa y lo que he adelantado bajo la cariñosa solicitud con que en ella he sido tratada.

Levantóse también Rafael y saludó respetuosamente á la abadesa, que hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Me ha dicho, hija mía, la tornera, que tenia usted una visita de parte de su tio, el ilustrísimo señor Arzobispo de Sevilla.

—El señor don Rafael Mendizábal, persona á quien mi tio distingue con su afecto,—contestó la marquesa indicando al joven.

Otra nueva reverencia hizo la abadesa, añadiendo:

—Bien venido á la casa del Señor el enviado de su ilustrísima. Efectivamente que las tempestades del mundo, de tal modo perturbaron á esta pobre señora, que á no ser por la feliz inspiración que tuvo de venir á buscar puerto salvador en esta casa, no sé si hubiera podido resistirlas. Dios nos ha inspirado frases de consuelo para tranquilizar esta pobre alma tan dolorosamente castigada, y si conseguimos, teniendo nuestra confianza en El que todo lo puede, cicatrizar las heridas de su espíritu, habremos alcanzado la más agradable de nuestras victorias.

—Mucho tiene que agradecer á usted la señora marquesa, por la bondad con que sin duda la ha tratado.

—¡Oh, sí!—contestó Sofía,—jamás podré pagarle suficiente, cuanto hizo por mí.

—He cumplido con mi deber solamente; pero si á alguien puede estar agradecida realmente la señora marquesa es al padre Júnez, su director espiritual que, á su ilustración, reune una persuasión y una piedad extraordinarias.

—Grande será la alegría que recibirá el señor Arzobispo cuando le haga presente todo lo que acabo de escuchar, y lo único que desearía sería que mi permanencia en Madrid se prolongara lo suficiente, para ver á la señora marquesa á cubierto de las persecuciones de su esposo.

—¿Piensa usted estar mucho tiempo en Madrid?

—Poco, señora abadesa. Tal vez quince días, un mes lo más.

—Me parece que en ese espacio, según oí decir al padre Júnez, habrá quedado ya resuelto todo y la señora marquesa podrá entonces hacer el uso que mejor le plazca de la libre situación en que podrá quedar.

—¿Y qué uso podré yo hacer de esa libertad, sino el que usted y mi digno director espiritual crean más conveniente para la salvación de mi alma y la tranquilidad de mi espíritu?

—Hija mía, semejante confianza por más que nos honre mucho, no podremos aceptarla ninguno de los dos. Podría juzgarse de interesado nuestro consejo.

—¡Por Dios, señora abadesa!—dijo Rafael,—cuando se tiene la conciencia limpia, cuando es Dios quien inspira ciertos actos, cuando en El únicamente está fija la vista, debe tenerse en muy poco la opinión de la vulgaridad, sujeta á error casi siempre.

—Si hubiera usted oído al marqués días pasados...

—¡Oh! no recordemos aquella escena,—se apresuró á decir Sofía.

—¡Pues qué! ¿se atrevió á venir aquí?—exclamó Rafael fingiendo un asombro que no sentía.

—Sí, señor; se atrevió á profanar este santo lugar pretendiendo arrancar de él á la paloma herida que había venido en busca de un asilo protector. A suceder lo que

la señora marquesa dice, ¡qué de apreciaciones no haría el señor marqués! ¡y cómo no habian de hacerle caso los descreídos que han formado empeño en ultrajar nuestra santa religión!

—Deje usted, señora abadesa, que hable esa gente y cumpla usted con su divina misión, cuya grandeza comprendemos los que vivimos y hemos vivido en el santo temor de Dios. Si la señora marquesa hubiera de seguir mi humilde consejo, al lado de usted permaneceria, y apoyada en usted y fortalecida por los consejos y la experiencia del respetable padre Júnez, fija la vista en el cielo, pasaría los pocos ó muchos años que le restan de vida á cubierto de los furiosos vendavales del mundo.

CAPITULO XCIV

Dos colegas

La abadesa estaba encantada escuchando á aquel joven tan simpático.

En cambio éste estaba ya deseando verse fuera de allí, porque el papel que estaba haciendo le repugnaba de un modo extraordinario.

Sin embargo, no tenia otro remedio que hacerlo, si quería salvar á la marquesa del lazo que se le tendía.

Cuando salió de allí, iba diciendo:

—Si toda esta gente supiera quién soy y á lo qué vengo, no volverían á dejarme entrar en el convento. Felizmente esto no puede durar mucho. Resuélvase la demanda de divorcio y entonces ya veremos de inutilizar los esfuerzos de esa gente.

Y el abogado pensando, quizás, más de lo que á su tranquilidad conviniera, en la marquesa, se dirigió á su casa.

Cuando Mendizábal pudo hablar aquel día con Andrés, le dijo:

—¿Sabes que hoy he estado á ver á la marquesa?

—¿Y qué tal? ¿No has podido averiguar si realmente tienen algún fundamento esas voces que circulan?

—De sobra. Por fortuna me parece que llegaremos á tiempo. Pero es menester proceder con mucha cautela porque sino nos expondríamos á perderlo todo.

—Me parece que oí decir que no estaba muy buena mi cuñada.

—Muy pálida, muy abatida la he visto, pero siempre tan hermosa. Lo que es tu hermano no tiene perdón de Dios, porque la tal Genoveva, aun cuando muy guapa también, no vale para descalzar á la marquesa.

Después de esto hablaron de cosas indiferentes los dos amigos, hasta que de pronto dijo Andrés:

—¡Hombre! se me olvidaba decirte que ha estado aquí un tal Sarmiento, abogado de mi hermano, el cual me ha dicho que su visita no tenía sino el carácter oficioso del amigo.

—Pero bien; ¿con esa oficiosidad qué es lo que pretendía Sarmiento?

—En mi concepto ver si podíamos llegar á una transacción.

—Aquí no hay transacción que valga, querido Andrés. Si tenemos la razón de nuestra parte, ¿á qué ni por qué hemos de transigir?

—El no me ha dicho nada de un modo concreto.

—Sí, pero tú lo has comprendido.

—Desde luego; ya verás, por más que Román se haya portado conmigo del modo que lo ha hecho, yo no puedo prescindir de que es mi hermano y si está tan arruinado como dicen, ¡qué demonio! será preciso que le dejemos algo.

—Sí, para que lo destroce en cuatro días y vuelvas á encontrarte en el caso de tenerle que dar nuevos auxilios. Esto será una sangría suelta que no ha de ocasionarte más que gastos y disgustos.

—Sea lo que sea; no hay más sino que debe hacerse por él todo cuanto se pueda.

—¿Tú le has dicho algo á Sarmiento ó le has dejado entrever alguna esperanza?

—Yo le he dicho que si quería dar algún paso se entendiera contigo; pero como ya te dije, hoy Sarmiento no es el abogado oficial de mi hermano.

—Sí, lo sé; hoy es un tal Arcos, hombre que ha tenido mucha suerte y á quien no se le puede negar muchísima habilidad.

—Sí, eso he oído.

—Circulan sobre él algunos rumores que no le favorecen mucho; pero como nuestra sociedad es tan tolerante, Arcos ha conseguido rodearse de cierta aureola y al paso

que va, presumo que su bufete va á ser el mejor de España. Si le hubiera dado por la política con las condiciones especiales que tiene para el foro, el día menos pensado lo veríamos ministro.

—¿Y ese es el nuevo abogado de mi hermano?

—Sí, querido. Por supuesto; lo es porque ha olido dinero, porque una de las buenas cualidades que tiene el tal Arcos, es la de no encargarse de ningún negocio donde no vea la ganancia asegurada.

—Esa es la manera de no perder,—repuso Andrés sonriéndose.

—¡Qué ha de perder! La prueba es que en los años que lleva de ejercicio, tiene una de las fortunas más bonitas que se cuentan entre las de nuestra profesión.

—Vamos, si tiene mucha familia, es disculpable hasta cierto punto, su afán de enriquecerse.

—¡Cá, hombre! si no tiene más que una hija; enviudó hace seis ó siete años. Y por cierto que, según dicen, su esposa era un ángel. Y lo que es su hija no le va en zaga pareciéndose en eso muy poco á su padre.

—Vamos, chico, te veo muy prevenido en contra del abogado de mi hermano.

—Yo, nada de eso, me refiero únicamente á lo que dicen.

—Y en el mundo se habla tanto...

—Sí, pero, desengáñate, que también hay un refrán que dice: «que cuando el río suena...»

—Sí, agua lleva. Eso es verdad. En fin, tú tienes amplios poderes míos para obrar. Si Sarmiento va á verte y quieres entenderte con él, hazlo.

—Te lo confieso francamente, Andrés, cualquier paso que dé para mejorar la situación de tu hermano, tiene que ser violento, mucho daño te ha hecho; pero la suerte de mi pobre Julio, créete que no se borra de mi memoria.

—Pero, ¿acaso con la vida de Román ni con su desgracia puedes ya arrancar al sepulcro la presa que en él se encierra? Créeme, Rafael, bien castigado se encuentra por la misma situación en que se ha colocado.

Mendizábal nada contestó y cuando salió de casa de su amigo al dirigirse hacia la suya iba diciendo:

—Andrés quiere que perdone á su hermano y no comprende que ese hombre parece destinado á no proporcionar más que disgustos á todos los de mi casa.

Aquella noche en ocasión que Mendizábal se ocupaba de un informe que debía presentar á la Audiencia al día siguiente, entraron á anunciarle que el señor D. José María de Arcos deseaba verle.

Al escuchar aquel nombre, Mendizábal, no pudo menos de exclamar:

—¡Vaya una casualidad! haber hablado hoy de este caballero y encontrármele en casa ahora. ¿A qué vendrá?

Esta visita sin duda está relacionada con algo referente al marqués. Será conveniente ponernos en guardia, porque tratándose de una persona como Arcos, todas las precauciones me parecen pocas.

Y efectivamente que ya tenía razón Mendizábal para desconfiar de la persona que le acababan de anunciar.

Don José M.ª de Arcos había hecho en pocos años una fortuna y había adquirido un nombre, merced á sus dotes excepcionales, de sagacidad, de elocuencia, de astucia y de talento.

De su vida privada referíanse multitud de anécdotas; en cambio de su vida pública, ó sea de lo que se relacionaba con el bufete, todo eran elogios.

Es decir, elogios por parte de los que habían ganado merced á su defensa, que en cambio los que habían perdido, decían si se había valido de estos ó de los otros medios para obtener la victoria.

Arcos era hombre poco comunicativo, un tanto orgulloso, y aun cuando nada en su semblante había de desagradable, sin embargo tenía un no sé qué repulsivo que alejaba de él la simpatía que su fácil palabra y su habilidad, parecían deber atraerle.

Como quiera que con este personaje lo mismo que con algunos otros han de hacer conocimientos más extensos nuestros lectores en una obra que con el título *El Nudo maldito ó el Crimen de dos mujeres*, pensamos publicar muy en breve, nos limitaremos á manifestar aquí, res-

pecto este personaje, lo que únicamente se relaciona con la obra de que hemos tenido que hacernos cargo en sus últimos cuadernos.

La visita de Arcos á Mendizábal, necesita que demos algún ligero antecedente que á la par nos revele algo de la existencia privada del famoso abogado.

Dos dias antes del en que éste se presentó á Rafael, en ocasión que se hallaba en su estudio, penetró en el un criado, diciéndole:

—Una señora que me ha dado esta tarjeta, desea hablar con usted.

Cogió Arcos la tarjeta que el criado le daba y al ver el nombre que en ella habia, no pudo menos de palidecer.

—Conduce á esa señora á mi gabinete particular, ¿comprendes?—dijo al criado.—Se trata de una consulta muy delicada—prosiguió,—y no debe enterarse nadie de que está aquí.

El criado hizo con la cabeza una señal de asentimiento como si comprendiera lo que su señor le decía, y salió del despacho.

Una vez solo Arcos, rompió la tarjeta en numerosos pedazos murmurando:

—Pero esta mujer está cometiendo imprudencia sobre imprudencia. ¿A qué viene á esta casa, cuando se lo tengo prohibido terminantemente? ¡Como sabe el dominio que tiene sobre mí, y de qué manera está abusando de él!

Y el famoso abogado abandonó el despacho, se dirigió

á la habitación inmediata donde estaban los pasantes, y les dió algunas instrucciones, y después, cruzando un largo corredor, llegó al extremo opuesto de la casa, donde tenía un departamento destinado exclusivamente para aquellas consultas, de las cuales no quería que se enterase nadie.

CAPITULO XCV

La debilidad del hombre

En un gabinete lujosamente adornado donde resplandecía tanto la riqueza como el buen gusto, había una mujer que representaba unos treinta y cinco años, y cuya hermosura tenía algo de tan poderosamente excitante, de tan terriblemente dominador, que mirándola con alguna atención podía comprenderse, desde luego, que aquella mujer á su antojo, podía convertir en miserable juguete de sus pasiones al hombre que tuviera la desgracia de enamorarse de ella.

Porque su belleza, á pesar de ser tan grande, tenía algo de fatídico y terrible que seducía y dominaba, que fascinaba é inspiraba terror al mismo tiempo, resultando de aquella confusa mezcla de sensaciones, un sentimiento

imposible de definir, pero que sin embargo encadenaba la suerte del que bajo su influencia se encontraba, de un modo irresistible, á la de Ramona, que así se llamaba aquella mujer.

¿Quién era ésta?

Nadie lo sabía en Madrid.

Había aparecido allí algunos años antes con el título de comadrona, en breve espacio adquirió gran clientela, y tres años antes de la época en que la presentamos á nuestros lectores había renunciado á su profesión, y vivía con la renta que le producían algunos bienes que había heredado en la provincia de Zamora, de donde era hija.

En otra parte veremos cómo y de qué manera había reunido aquellos bienes.

Por el momento basta decir que, á pesar de la espléndida hermosura de aquella mujer, se comprendía la oscuridad de su origen, en ese algo especial que en el adorno, en los modales, en el modo de presentarse una persona está demostrando el medio ambiente en que ha recibido la primera educación.

Todo cuanto llevaba Ramona era rico, y sin embargo, el conjunto carecía de elegancia y de ese buen gusto que determina de un modo exacto, aun cuando inexplicable, las delicadezas de una persona verdaderamente distinguida.

Al entrar Arcos en el gabinete, Ramona le dijo con acento displicente:

—¡Cómo has tardado!

—Tenía necesidad de dar algunas disposiciones y como no estaba prevenido para tu visita...

—Si hubieses ido anoche á casa, me hubieras ahorrado el venir hoy.

—Me fué imposible. Teníamos reunión en la Academia de jurisprudencia, y yo debía hablar.

—En fin, ya estoy aquí y es menester aprovechar el tiempo.

—Lo que desearé es que no se repitan estas visitas, porque no hay necesidad que nadie sospeche.

—Sí, ya lo sé, no tienes que repetírmelo;—repuso con acento de visible mal humor Ramona.—He venido á buscarte porque me hacen falta tres mil pesetas.

Arcos dió un respingo, exclamando con voz sorda:

—Pero Ramona, ¡estás en tí! Apenas hace quince días que te dí dos mil.

—¿Y qué? Las he gastado y necesito tres mil mas, que estoy comprometida para entregar mañana.

—¿A quién?

—A Lázaro. He cambiado la carretela por otra mucho más elegante y mejor, y además, tengo alguna otra cuenta pendiente. Y en resumen,—prosiguió aquella mujer envolviendo en el flúido de la mirada de sus negros ojos al abogado;—no tengo á que darte tantas explicaciones, necesito ese dinero y por eso he venido á buscarle.

—¿No sabes que estoy arruinado?—exclamó Arcos en voz baja aproximándose á Ramona.

—Pues entonces, ya verás, iré á pedírselos al barón de San Julián, que hace tiempo está haciéndome la corte.

—¡Ramona!—exclamó Arcos lleno de ira.

—Incomódate cuanto quieras, pero yo necesito ese dinero.

—¡Pero si es imposible! si yo mismo estoy pasando apuros para que no se conozca mi estado.

—Tú tienes la culpa

—¿Yo?

—¡Tú, sí! Hace tiempo que te he dicho que te entendieras con el abogado del hermano del marqués, y arreglando una buena transacción podías haber cogido algunos miles de pesetas.

—Pero es que esa transacción no la querrán ellos, porque la razón está de su parte y saben que á la corta ó la larga han de triunfar.

—Entonces entiéndete con el de la marquesa.

—Eso es más difícil todavía.

—Entonces no sé qué decirte; yo necesito las tres mil pesetas; conque, si tú no me las das, las buscaré por otra parte.

—¡Pero, Ramona! ¿es posible que seas tan insaciable? ¡es posible que de este modo me hayas hecho pagar el amor ardiente que hiciste nacer en mi corazón!

—¿Y acaso no ha valido nada lo que hicimos hace años?—preguntó Ramona con un acento que hizo estremecer al abogado.

—¡Calla, calla!—exclamó éste mirando á todos lados, como si temiera que alguien pudiera escuchar aquellas palabras.

—Tú tienes la culpa; ¿á qué venirme ahora con recriminaciones que á nada conducen? Te he pedido el dinero que necesito y nada más. Conque, ¿me lo das? ¿sí ó no?

—Si no lo tengo.

—Eso no importa; ya sabes que Ramírez te prestará esa cantidad, bajo tu firma.

—Ramírez tiene ya cinco ó seis pagarés míos que no he podido retirar todavía.

—Tendrá uno más. En resumen, vuelvo á repetirte que necesito ese dinero.

El abogado hizo un gesto de cólera.

—Te has propuesto acabarme de arruinar,—dijo,—pero que sea, porque no puedo renunciar á tí. En eso consiste tu fuerza, — añadió con desesperación, — y estás abusando de ello de un modo implacable.

—Pues si comprendes que abuso, ¿por qué no me dejas? Si yo quisiera, cien hay que se considerarían dichosos con que les hiciese caso. Pero á pesar de lo que dices, bien sabes lo que te quiero, Pepe, he sido tuya, exclusivamente tuya, y no perteneceré á ningún otro.

Arcos tuvo que cerrar los ojos, porque la mirada de aquella mujer abrasaba.

—Vete, vete, Ramona;—la dijo con voz trémula.—Yo iré á tu casa después.

—¿Pero el dinero?...

—Envíame á Ramírez después.

Por los ojos de Ramona cruzó un relámpago de satisfacción.

—No descuides lo que te he dicho respecto al abogado del hermano del marqués, y si con éste no pudieras hacer nada, ve á ver la cuestión de la marquesa.

—Tontería, Ramona; nada se conseguirá. Ya te he dicho lo que hay con respecto á ese asunto; el hermano del marqués, en primer lugar que hoy no necesita la transacción, porque con la rehabilitación y el ascenso puede esperar confiadamente la solución de su negocio, y en cuanto á la otra, no me parece que sea cuestión de alcanzar nada.

—¿Quieres que te diga una cosa y te la diré en confianza? por más que no merecías que te tuviese consideración de ningún género.

—¿Por qué?

—Porque no haces caso de mis consejos sino á última hora, cuando te ves ahogado.

—Vamos, habla.

—La marquesa va entregándose demasiado á los jesuitas, ¿tú comprendes? y si fuera posible que pudieras diestramente, lo cual á ti no te es difícil conseguir, arrebatarles esa presa, ó bien á ella le sacabas algo, ó al marqués

ó á la misma compañía, por volver á llevar el pájaro á la jaula, ¿vas comprendiendo?

El abogado no pudo menos de mirar atentamente á Ramona.

La idea emitida por ella llamó su atención.

—Tú mismo me has dicho,—prosiguió ésta,—que el marqués te había dicho lo de los jesuitas, por lo tanto, ya debías haber pensado algo.

—Te confieso que no se me había ocurrido utilizar eso.

—Ahí tienes un medio para salir de algún apuro; utilízalo y no te olvides de pagarme el corretaje.

Poco después Ramona abandonaba las habitaciones particulares del abogado y éste se dirigía á su despacho profundamente pensativo.

—No es mala [illegible] rar que el
esultado será satisfactorio. —No
anto, amigo Arcos, no tanto.
ero mañana, si como parece la marquesa amaba
ió a usted, fácilmente se concibe que a
sted le tenga cariño una verdadera amistad y hablando de esos asuntos, que cariño sabe hacerlo, tengo la seguridad de que se hará querer.
—Mucho me alegraría por el señor marqués, que así
cediera...

—Pues sucederá si usted lo toma con empeño.

—Prometo hacer lo posible.

—Y yo á mi vez también obraré del modo que usted pretende. Por supuesto que no comprendo por qué tiene usted necesidad de que se realice lo uno para alcanzar lo otro.

—Es muy sencillo, porque si yo pudiera conseguir que la marquesa saliera de las Comendadoras y se hallase lejos de la influencia clerical, me sería mucho más fácil poder alcanzar lo que usted pretende.

—Pues no tenga usted cuidado que me ocuparé desde mañana mismo.

Cuando Arcos abandonó la casa de Rafael, iba murmurando:

—Me parece que la idea de Ramona fué buena y que estoy en camino de realizarla. Este muchacho hablará con la marquesa, y no me parece difícil que la buena señora acceda á lo que deseamos. Por supuesto que hemos de procurar sacar de ello el mejor partido, para lo cual oportunamente la veré yo. Eso que ha dicho Mendizábal me parece bien. Es menester que salga de allí para que consigamos con más facilidad nuestro deseo. Mañana iré yo á la Audiencia y veremos de que eso se termine cuanto antes.

Entretanto, también Mendizábal estaba ocupándose de la entrevista que acababa de tener.

—Arcos ha creído que venía á sorprenderme y se ha llevado chasco. Creo que por el contrario, yo he adivinado su juego. Este piensa sacar partido de su cliente, y después de todo, está en su derecho, porque me parece que sus honorarios si no es por algo así, no los ha de cobrar, dado lo que dicen del estado de Román. El caso es que este hombre active el expediente de la separación, que yo también veré cómo puedo ir librando á esa buena señora de la red en que piensan envolverla.

—¿Conque es decir, Arcos, que usted lo considera perdido por completo lo mismo lo referente á mi mujer que lo de mi hermano?

—¿Qué duda tiene? Ya se lo dije á usted desde el primer día cuando me hizo usted la honra de confiarme la dirección de este asunto. Yo no podía hacer más de lo que hizo Sarmiento, mi antecesor.

Esta entrevista entre Arcos y el marqués, tenía lugar al día siguiente de la conferencia celebrada por el célebre abogado con Mendizábal.

Román se paseaba por la estancia con visibles muestras de mal humor.

—De modo,—decía,—que la ruina es completa. Hasta

ese maldito Ramírez, á quien usted me recomendó no ha querido darme hoy dos mil pesetas que le he pedido, bajo el pretexto de que ya le debo diez mil y no tiene confianza en el cobro. ¿Qué le digo á Genoveva que necesita hoy mismo mil pesetas según me ha dicho? Pero vamos á ver, Arcos. Usted que tanto sabe,—prosiguió el marqués, deteniéndose delante del abogado,—¿no encontraría algún medio para embrollar, digámoslo así, los bienes de mi mujer y sacarle algo, que nos permitiera ponernos un poco á flote? Ustedes siempre deben tener á mano algo, para...

—Permítame usted, señor marqués, antes de todo, que rectifique una frase que ha dicho usted antes. Yo no puedo, ni sé embrollar negocios, que resultan tan claros como el agua. En cambio procuro sacar para mis defendidos, todo el mejor partido posible, y esto es lo que hice y de lo que me estoy ocupando.

—¡Ah! conque usted se ocupa de este asunto.

—Tengo ese deber, y yo, señor marqués soy, un estricto observador de los deberes que respecto á mis clientes contraigo.

—¿Pero espera usted sacar?...

—Tal creo. Precisamente vengo ahora de celebrar una entrevista con el abogado de la parte contraria.

—¿Con quién? ¿con ese Mendizábal tan famoso?

—Sí, señor.

—¡Valiente pillo está!

—Dispense usted, señor marqués, aun cuando adversa-

rio mío en este asunto, no puedo menos de reconocerle las buenas cualidades que le adornan. Mendizábal es una legítima esperanza del foro español, y como hombre, no había oído que en su proceder hubiese nada de censurable.

—En fin, no hablemos de ese hombre, porque me irrito recordando todos los atrevimientos que tuvo conmigo en otro tiempo.

—Pero si ahora trabaja en nuestro favor...

—¡Qué ha de trabajar, hombre! ¡qué ha de trabajar! Lo que hará será enredarlo todo, no le quepa duda.

—Vaya, pues yo le aseguro á usted desde este momento, que tendremos cesión por parte de su hermano de usted y tendremos también por parte de la marquesa.

—Mucho lo dudo.

—Pues no tiene porque dudar.

El acento con que el abogado pronunció estas palabras respiraba tal convicción, que el marqués no pudo menos de mirar fijamente al abogado diciéndole después:

—¡Hombre! cuénteme usted esos milagros, porque, francamente, de milagro debo calificar todo lo que me está diciendo.

Arcos refirió el paso que había dado, elogiando, como fácilmente se comprende, la buena idea que había tenido y la habilidad de que había dado muestras en aquel asunto para poder obtener el resultado en que confiaba.

CAPITULO XCVIII

El marqués y Genoveva

Fué bastante para tranquilizar por el momento el espíritu de Román la esperanza que Arcos le había dado así respecto á la parte que podía sacarle á Andrés, como la que quizás obtuviera también de Sofía, haciéndose la reflexión siguiente:

—Diez ó doce mil duros de mi hermano, y cuando menos, treinta ó cuarenta de mi mujer, pueden constituirme un capital de un millón. La venta del mobiliario y de los trenes de mi casa, pueden darme por el momento y mal vendido, veinte ó veinticinco mil duros. Tengo cinco carruajes, tres troncos de primera y cuatro caballos de silla, el guardarnés es de lo mejor... Saco esa cantidad y me voy con Genoveva á París. Ella me quiere y se limitará á vivir con

la renta que aquel capital me proporcione. Montaremos una casa con modestia... ¡Ya lo creo! viviremos perfectamente ya que el diablo lo ha querido así. ¡Quién sabe si andando el tiempo podríamos volver todavía á reunirnos mi mujer y yo!... Esto es menester pensarlo y tiempo tenemos para ello.

El marqués llamó á su ayuda de cámara después de haberse hecho estas reflexiones, le hizo que le vistiera, pidió la *victoria*, y poco después se dirigía hacia la casa de Genoveva.

El espacio que mediaba entre su casa y la de su amante, era bastante larga, y como los caballos llevaban un trote sostenido, pero corto, el marqués tuvo tiempo para que aglomerándose en su imaginación multitud de ideas llegase á fatigarse hasta el punto que cayó en una especie de sopor del que le sacó el ruido que produjo la portezuela abierta por el lacayo.

Cual si despertara de un profundo sueño en el que había olvidado el objeto impulsor de su estancia en aquel sitio, gritó sin darse cuenta de lo que decía:

—¿Qué es eso? ¿qué es lo que quieres?

—Señorito, hemos llegado;—contestó respetuosamente, y sombrero en mano, el aludido.

—¡Ah! ¡ya!

Su rostro se animó con una especie de indecible placer, y dominando en su mente una sola idea, subió precipitadamente la escalera y poco después penetraba en un elegan-

te gabinete donde indolentemente reclinada en un aterciopelado sofá, se encontraba Genoveva.

Su posición, la expresión de su rostro entre enajenado y melancólico, la languidez de su mirada y la poca marcada sonrisa que ligeramente rizaba sus labios, sonrisa de estudiada amargura, no era natural sino adecuada á la escena que esperaba, en la cual se proponía estrechar más la red en que tenía aprisionado al marqués, red no de amores, sino de cálculo.

Así fué que al verle, lejos de mostrarse en ostensible y franca alegría, le miró un momento, suspiró de la manera que esta clase de mujeres suspiran y sin decir palabra trató de aparentar un enojo que estaba muy lejos de sentir.

El marqués sonrió con satisfacción, pensando para sí:

—¡Pobrecita, cuánto me ama! procuraré tranquilizarla, que al fin y al cabo motivo tiene de sobras para molestarla mi ausencia de tres días, que para ella habrá sido una eternidad.

Y enardecido por el amor que le enloquecía, aumentado por la actitud de la joven, se acercó sonriente y tomándole una mano, que Genoveva quería retirar, le dijo:

—¿Qué es eso, hermosa mía? ¿No te sientes bien? ¿Te sucede algo ó es simple enojo lo que advierto en ti?

La joven simuló un sollozo que hubiera hecho reir á

cualquiera que no hubiese estado tan ciego como el marqués.

Pero que éste creyó de buena fe producido por el dolor ó tal vez por los celos de que su querida era presa.

—¡Genoveva, por Dios, dime la causa que te apena, dime el motivo de la tristeza que leo en tus húmedos ojos!...

—¡Y tú me lo preguntas, cuando me tienes privada de tu presencia por espacio de tantos días!...

—¿Tantos días, dices? Pero vamos, lo comprendo, el ardiente amor que me profesas te ha paralizado la memoria.

—Sí, eso es, trata ahora de negar y aun de decir que no tengo razón. ¡Oh! la necia soy yo en tratar de depositar fuego donde no existe más que hielo.

—No, hija mía, no, y la prueba de que caminas de error en error, es que ni hace más de tres días que he tenido el placer de estrecharte entre mis brazos, ni puede haber hielo donde arde constantemente el voraz fuego de la pasión.

—Lo creo, ¿pero por quién?

—Por tí, hermosa Genoveva, que has sabido proporcionarme un amor impregnado de placeres para mí desconocidos hasta que te conocí; por tí, hermosa mía, cuyo corazón late al par del mío y que tan fuertemente están ligados que no permiten ni la momentánea separación sin peligro de quedar destrozados.

—Mal se compaginan tus palabras y tus obras.

—Te diré, Genoveva; si he tardado en verte, si sufriendo lo indecible no he venido cien veces en estos días á rozar mis labios con los tuyos, si no he acudido como siempre á mirarme en el espejo de tus lindos ojos y á abrasarme en el fuego de los, en ellos concentrados rayos de tu alma, ha sido porque me ocupaba de nuestra mútua felicidad.

—¿No acabas de decir que tu felicidad sólo está conmigo?

—Sí, y por esta misma razón busco el medio de no separarme de tí jamás.

—No te comprendo.

—Me explicaré.

—Como quieras.

—Parece que no estás dispuesta á dejarte convencer, según el tono de tu respuesta.

La joven por toda contestación llevóse el pañuelo á los ojos, cual si quisiera secar una lágrima, que no existía.

Entonces el marqués rodeando su talle y rozando sus labios con la mejilla de Genoveva, pronunció algunas amorosas frases en su oído.

Después de algunos momentos de silencio, dijo con cariñoso acento:

—Necesito que te convenzas, interin puedo probarte con hechos, que no solamente no te he olvidado sino que te amo más que nunca.

La joven nada contestó; afectó una meditación que duró un buen espacio de tiempo y luego, como demostrando haber adoptado una resolución, repuso:

—Tú tienes necesidad de convencerme y yo necesito creerte aunque no sea más que para aminorar mis sufrimientos. Por lo tanto, no te esfuerces en lo que... en lo que ya has conseguido y dime cómo van tus asuntos.

—Eso es precisamente lo que iba á decirte, porque ellos han sido los que me han alejado de tí, estos días.

—¡Dios mío! Si tú no hubieses sido tan ligero en tus cosas y hubieses pensado como debías, hoy no te encontrarías envuelto en el pleito con tu hermano.

—¡Pche! Eso ya no tiene remedio.

—Además, tú te has gastado cuanto poseías y lo que resta, es todo de tu mujer, la que está separada de tí para que no acabes también con lo suyo.

—Es verdad; pero creo que todavía hará algo por mí, y á ese objeto encamino mis negociaciones.

—¡Oh! no, eso no; deja á la infeliz que hartos dolores le has causado. Prefiero que te apoderes de cuanto me has dado antes que consentir en que sacrifiques á tu mujer. Yo trabajaré si es necesario para tí y para mí...

—¡Oh! qué buena eres, querida mía. Tu corazón es tan hermoso como tu rostro.

Y sin poderse contener, el marqués estrechó contra su pecho la hermosa cabeza de la joven.

Una satisfacción indecible se pintó en el rostro de la

cortesana, y algo como un rayo de salvaje alegria cruzó por sus negros ojos.

Se desenlazó dulcemente de los brazos que la aprisionaran y dijo:

—Y bien, todavía no me has dicho el estado de tus asuntos.

—Su estado sigue en la misma situación; pero he pensado acabar de una manera que redunde en beneficio nuestro.

—Siempre que no redunde en perjuicio de tu familia, lo apruebo cualquiera que sea.

—Por el contrario, creo que es la salvación más favorable para todos.

Seguidamente Román comunicó á Genoveva sus proyectos, la cantidad que pensaba reunir y, finalmente, su instalación en París, donde vivirían rodeados de toda clase de felicidades.

La alegria de la joven al oir semejante proyecto no tenia límites, pero que se guardó muy bien de manifestar á su amante.

París, aquel centro de placer y del oro, aquella población que era su bello ideal y que ya conocia, iba á ser el vasto campo con que habia soñado para librar sus grandes batallas de placer y de orgía.

Aquella población era el mar donde ella podia extender

sus redes para envolver entre sus mallas los dorados peces que tanto ansiaba.

Porque ella no amaba ni había amado jamás al marqués, y si bien lo aparentaba, era solamente porque hasta entonces no había encontrado otro que mejor pudiera satisfacer sus caprichos.

Pero desde entonces, mejor dicho, desde el momento en que cuando menos lo esperaba iba á aquel hermoso centro, ya era otra cosa.

Allí, gracias á las sumas que aportaría su amante, podría presentarse ante aquel mundo conocido ya para ella, brillar y seguramente encontrar más ó menos pronto un sustituto del marqués más en armonía con su corazón y con sus ambiciosas ideas.

CAPITULO XCIX

El aguijón de los celos

Más de tres horas después de la estancia del marqués en casa de Genoveva, en la que trataron los dos amantes hasta el más ínfimo detalle del viaje próximo á París y del género de vida que en aquella población pensaban adoptar, Román se despidió de la joven que quedó murmurando cuando le vió desaparecer:

—¡Pero qué estúpidos son algunos hombres! Verdad es que mi conducta y mi hermosura, tienen trastornado el juicio á ese infeliz y gracias á esto puede prometerme un brillante porvenir. Porque, no cabe duda, lo que es allá en París encontraré alguno de aquellos millonarios que derraman el oro á raudales, le enamoraré, le desplumaré

como muy pronto sucederá con Román y luego... luego que posea un capital como el que he soñado, me retiro...

No terminó de expresar su pensamiento.

Se internó en su pequeño gabinete y dejándose caer con abandono lleno de voluptuosidad sobre una hermosa marquesita, dió rienda suelta á sus pensamientos que fué coordinando hasta formar un plan completo que desde luego se proponía seguir sin separarse ni una linea de él.

Mientras tanto Román, embriagado por las caricias y el amor de aquella mujer, recordaba todavía los encantos y la morbidez de aquella figura que le arrebataba y sonreía con la satisfacción del amante feliz.

—¡Qué hermosa es!—se decía,—¡y como me ama! Me rio yo de los tipos que dicen que las mujeres como ésta no aman ni pueden enamorarse de nadie, como no sea del oro. Estúpidos; quisiera que alguno de esos tipos hubiese visto la escena que acabamos de tener. Verdad es que mujeres como Genoveva existen pocas y que debo confesar que me ama como jamás pude presumir. ¡Pobrecita!... amarme hasta el sacrificio. ¿Qué mujer hace eso?

En estas reflexiones estaba, cuando asomándose á la ventanilla y viendo que estaba próximo al Casino, decidióse por subir á pasar el resto del día en compañía de sus amigos y compañeros de calaveradas.

—Para en el Casino,—gritó al auriga.

Poco después se detenía el carruaje ante el portal, donde se apeó Román despidiendo al cochero.

—¿Volverá el señorito en carruaje?—preguntó el lacayo.

—No, iré á pié ó tomaré uno de alquiler. No tenéis necesidad de volver.

Momentos después, el marqués penetraba en el cuarto del tresillo y acercándose á una mesa donde habia varios jóvenes entrenidos en hablar, dijo:

—Se saluda á los amigos.

—¡Adiós, marqués!—dijeron algunos, mientras que otro mirándole fijamente exclamó:

—En tu rostro satisfecho, adivino el sitio de donde vienes.

—Vaya, no te las des ahora de perspicaz.

—Lo dicho, dicho queda, y si quieres apostar algo á que lo acierto...

—No, porque no quiero que pierdas.

—¡Perder!

Y acercándose al oido del joven, pronunció en él algunas palabras.

El marqués le miró sonriendo.

—Es verdad,—le dijo.

—Vaya, caballeros; dejémonos de secretos y ya que tenemos el gusto de ver por aquí al marqués, deja que todos disfrutemos de su conversación siempre agradable,—dijo un tipo escuálido y gastado por los excesos, deslumbrando

con los hermosos brillantes que en su corbata y dedos ostentaba.

—Tienes razón, Pepe,—contestaron varios.

—Oye, marqués, —repuso aquél, —¿sabes que estoy prendado de algo que te pertenece?

Semejantes palabras fueron acogidas por varias carcajadas y algunas frases capaces de ruborizar á una estatua.

Pero aquél, sin parar mientes en las demostraciones jocosas de sus amigos, continuó preguntando:

—¿Conservas aun el caballo negro de raza árabe que tenias para montar?

—Sí, ¿y de aquél es de quien estás prendado?

—Lo acertaste.

—Pues hombre, puedes quedar satisfecho...

—No, no, gracias marqués. Yo no puedo permitir que te prives...

—¡Cá!—interrumpió Román advirtiendo que su amigo no le habia comprendido,—si precisamente pienso deshacerme de él, si encuentro quien me lo pague bien.

—Pero chico, ¿eso es verdad?

—Y tan de veras lo digo, que no solamente quiero adinerar aquel caballo, sino todo lo demás que poseo.

—Vaya, tú quieres embromarnos, marqués.

—Hablo con formalidad y la prueba de ello que si alguno de vosotros desea algo...

—Pero y eso, ¿á qué obedece?

—¡Pche! sencillamente á que me canso de estar en Madrid y quiero irme á vivir á París.

—¿De manera que levantas la casa que tienes aquí?

—Estoy resuelto á ello...

—¿A qué está resuelto el hombre más feliz de la tierra? —exclamó un nuevo personaje que acababa de acercarse á la mesa.

Todos volvieron la vista y reconociendo al recién llegado, dijeron á coro:

—¡Adiós, Fernando!

—Sea bien venido el excelentísimo señor marqués de la Vega de Félix, —dijeron algunos con tono zumbón.

El personaje á quien iban dirigidos los saludos, era un tipo que prevenía desde luego, y no muy en su favor.

Alto, de ajado rostro y desdeñoso ceño, causaba una de esas impresiones que repelen.

Era el marqués de la Vega de Félix, como le habían llamado sus íntimos, amigo de Román y compañero en sus derroches y calaveradas.

Continuaron los jóvenes bromeando algunos momen-

tos hasta que la conversación, de general, se hizo particular.

Dividiéronse en grupos, en uno de los cuales se ocupaban del amante de Genoveva.

—No cabe duda, está arruinado,—decían unos.

—¡Toma! eso era de presumir.

—Pero bien; ¿no se sabe?

—No es público; pero como que el marqués vende sus coches y sus caballos...

—Eso no quiere decir nada, puesto que es muy posible que obedezca al deseo que él acaba de manifestar.

—Eso es un pretexto burdo, porque para darse ese gusto no necesitaría vender si no estuviera arruinado.

—Tienes razón, y yo creo lo mismo que tú.

Este diálogo tenía lugar en uno de los extremos de la mesa, mientras que en el otro, los dos marqueses sostenían la siguiente conversación:

—¿Conque tu hermano ha recuperado los bienes que creías tuyos?

—Sí.

—¿Entonces has quedado completamente arruinado?

—¡Cá! tengo todavía...

—Trampas como yo,—interrumpió Fernando.—Es inútil que trates de negar lo que yo sé y lo que dentro de poco sabrá todo el mundo. Por supuesto que yo aun estoy en mejores condiciones puesto que me quedan algunos intereses, con los que podré ir tirando algún tiempo más que tú.

—Te equivocas, marqués; si me crees arruinado, puesto que puedo recabar de mi hermano y aun de mi mujer lo bastante, que junto con lo que poseo, me permitirá seguir viviendo con desahogo.

—Con Genoveva, por supuesto;—repuso Fernando con socarronería.

—¿Qué duda tiene?

—Vaya, deja esa mujer que te ha arruinado, y que el día que no te quede una peseta te abandonará, porque esta clase de mujeres no se enamoran más que del dinero.

—Pues yo creo que está enamorada de mí.

—Bueno; quiero concederte que sea cierta tu creencia, pero tú no debes vivir con esa mujer.

—¿Por qué?—exclamó sorprendido el marqués.

—Sencillamente, porque no puedes sostenerla. Mira, Román, lo mejor sería que me la cedieses, porque yo, al fin y al cabo, podría sostenerla...

—¡Que te la ceda!—gritó fuera de sí el marqués.

Pero reponiéndose instantáneamente continuó con acento de marcado convencimiento:

—¿Qué sacarías con que yo te la cediera?

—Poseerla, sencillamente.

—¿Y tú crees que Genoveva podría amarte?

—Como te ama á ti.

—Estás en un error.

—Vaya, déjate de tonterías. Yo si te hago esta propo-

sición, es porque tengo la certeza de que las mismas caricias que te hace á ti serían para mí.

—Fernando, repara que ofender á Genoveva es ofenderme á mí, y que no he de consentir que ni tú ni nadie...

—Cálmate, Román, que no ha sido mi ánimo la ofensa y espero que sólo en el caso de que tú lo consientas, yo la protegería; porque, francamente, la chica es guapa y digna de cualquier sacrificio.

Estas palabras acabaron de sacar de sus casillas al marqués, infiltrando en su alma la acerada punta de los celos.

Separáronse los dos amigos poco después. Pero Román intranquilo y con la zozobra en el alma.

No tenía la menor duda.

Fernando estaba prendado de su querida, y aun cuando la había dicho que nada intentaría para atraérsela, él le conocía y estaba persuadido de la tenacidad que para conseguir sus propósitos, estaba dotado.

Por otra parte, Román estaba persuadido que aquél ardía en deseos de poseer á Genoveva, porque lo había adivinado en el fuego de su mirada y en la forma tan sencilla de desistir.

No había duda que bajo aquellas palabras de confianza se encerraba un plan cuya realización consistía en arre-

batarle á la que tanto amaba, y esto era precisamente lo que tenía necesidad de evitar á toda costa.

Retiróse á su casa y toda la noche se llevó en la combinación de un plan que le pusiera á cubierto del rapto que esperaba, acabando por adoptar el de activar sus asuntos y alejarse de Madrid lo antes posible.